

## Dios no abandona a los divorciados

A estas alturas, sólo algunos se atreven a seguir defendiendo ese modelo falso y trasnochado de la pareja que cuestiona todo compromiso verdadero, en pro de una autonomía, que a la postre deja solo al ser humano, engañado y arrinconado en medio de sus limitaciones. Ya no cuele eso de vivir en la provisionalidad de un sucedáneo de familia donde no hay ni comunión de bienes, ni total donación mutua, ni alianza para siempre.

Es demasiado patente que el juego macabro de esta mentalidad se ha cobrado ya demasiadas víctimas del dolor, de la desazón, y del fracaso de tantos matrimonios, heridas lacerantes en la inocencia de tantos hijos que han sufrido ese infortunio; es un fracaso que no encuentra salida fácilmente. La solución no está en unos arreglos amistosos, ni las heridas de los hijos son como las que cicatrizan con unas tiritas, pero muy equilibrado que resulte matemáticamente ese reparto de seis meses con mamá y seis meses con papá.

En cristiano, no se puede decir nunca la verdad sin caridad, pues una verdad ahogada por la mentira del desamor deja de ser verdad. Si es cierto que la caridad sin verdad es paternalismo vacío, no es menos cierto que la verdad sin caridad es fundamentalismo hiriente. Y la acogida de la Iglesia, que nunca es madrastra, sino madre, no puede tener límites. Al mal lo llamará siempre pecado, pero al pecador, lo llamará siempre hijo.

Todo fracaso humano, vis-



Jesús acoge a María Magdalena. Vidriera de la catedral de Chartres

to desde la fe, se convierte en una crisis que, afortunadamente, alcanza la médula de nuestro ser y hace reflexionar: no somos dueños de nuestra vida, no somos capaces con nuestras solas propias fuerzas de sostener el proyecto de vida trazado. El fracaso se convierte así en fracaso de nuestro yo sin Dios. Ante Aquel único que conoce verdaderamente nuestros corazones y el valor de nuestra fidelidad, todos somos mendigos de su

misericordia, la única fuerza capaz de hacer digna nuestra vida. Hasta el punto de que, para muchos de estos padres, su fracaso matrimonial ha sido la línea torcida aprovechada por Dios para reescribir con trazo recto su vida. Y para muchos de sus hijos, las carencias sufridas han sido la puerta estrecha por la que madurar más aprisa, y encontrar en el eterno Dios al padre que nunca falla. Con el Evangelio en la mano no cabe la condena, la exclusión, o el rechazo a quienes de un modo o de otro han sufrido el fracaso del matrimonio, y viven las situaciones de la separación, la nulidad del matrimonio, o el divorcio. Todos ellos, aun desde sus evidentes diferencias, son también imagen del Crucificado, que quiso unir su Pasión a la de todo dolorido y todo abandonado. ¿Acaso no sufrió Él en la cruz por el mayor de los divorcios, el que separa a los hombres de Dios? ¿Acaso no llenó desde allí todo vacío, iluminó toda tiniebla, acompañó toda soledad, anuló todo dolor, y borró todo pecado?

A veces parece que, movidos por el celo de la claridad y de la sana prevención, pretendemos separar antes de tiempo el trigo de la cizaña. La ausencia de comunión sacramental no sólo no anula, sino que urge aún con mayor intensidad la comunión del amor cercano. Algunos, más papistas que el Papa, se sorprenderán al releer lo que Juan Pablo II dice a este respecto en la Familiaris Consortio. Si ni Dios ni su iglesia abandonan a los divorciados, ¿quién es nadie para hacerlo?

Manuel María Bru